

# LA AEROSTATICA Y LA ESCALADA

«Crear y no poseer.  
Actuar y no ganar.  
Progresar y no dominar»



En la vida de todos hay días felices y decisivos. Una tarde de abril me encuentro en una reunión y en ella se me invita a viajar en un globo aerostático. Graves y apasionantes cuestiones se me presentan: ¿Cuándo y cómo? ¿Por qué razón? ¿Qué dificultades habrá que afrontar? ¿Qué provecho hay en ello?

Conozco la alta montaña, en ella me he hecho las mismas preguntas, pero a cambio me ha ofrecido múltiples venturas, como la de evolucionar en un mundo de paz, luz y silencio. Y lo más importante aquello que aparentemente me separaba de mis compañeros: modo de vida, oficio, origen social, carácter,... por el hecho de tener la misma afición, la de elevarse por unos muros de piedra o de hielo, me ha ayudado a conocerlos y llegar a ser hombre en la fraternidad de la cordada.

Una circunstancia así es buena para reflexionar sobre la aerostática y la escalada.

El pasado dos de Mayo me hallaba en la Plaza de la Constitución de Donosti, ante la fascinante imagen del interior de un globo durante la operación de su hinchado. Era una inmensa caverna multicolor que crecía por segundos. Descubrir por primera vez esta prueba, el efecto producido por este objeto que adquiriría forma, subía y oscilaba sobre la zona de despegue, me producía una gran emoción.

Del globo va suspendida la barquilla, hecha con mimbre. El habitáculo resulta elegante y capaz de albergar a tres personas. Sobre la barquilla, que es cúbica, están fijados los quemadores de los que sale el aire caliente, obtenido por combustión del propano contenido en bombonas colocadas en las esquinas de la barquilla.

Cuando la operación de hinchado ha llegado a su fin, el piloto me indica que suba rápidamente a la barquilla, retenida por sus compañeros. Segundos más tarde sueltan al globo y este se eleva de un tirón, dejando en tierra la melancolía de los que no vuelan.

La puesta en marcha de un globo aerostático es una experiencia inolvidable, pero aún más emocionante es el placer de volar. Allí arriba todo parece más suave. Se navega en un silencio alterado tan sólo por el ronco silbido del gas que sale de los quemadores.

Puesto que el motor del vuelo es el viento, he aquí que su dirección sea la misma que la del globo y el piloto se vea casi imposibilitado para modificarla, a menos que cambie la altura de vuelo aumentando o disminuyendo la emisión de calor en el interior del globo. Esta maniobra le permite introducir el globo en las distintas corrientes de aire.

Ante nosotros teníamos el mar y el horizonte, por debajo se hallaba la vertical de las pequeñas paredes de Santa Bárbara,



escuela donde me inicié en esta bella modalidad de la montaña, que es la escalada.

En el fondo de mi ser experimentaba un íntimo gozo, recordaba con ilusión ascensiones realizadas en diferentes macizos montañosos, y también el haber estado encordado con maravillosos compañeros del Grupo de Montaña Urdaburu. En esta reflexión hago una ligera comparación con aquello que me ha representado la montaña, aquello que ha hecho que desarrolle mis facultades humanas.

Navegamos en silencio. Para mi interior pienso que una ascensión no es solamente una escalada de roca o de hielo, sino un itinerario que encontrar, un horario que respetar, el viento, el mal tiempo y la noche que vigilar. Hay una técnica que aprender, también un conocimiento de la alta montaña que adquirir, por si un día nos vemos abocados a un peligro y así tener suficientes recursos para salir airoso. Se requiere un equilibrio físico e incluso más importante que éste, un equilibrio moral, se requiere ser hombre bajo todas las circunstancias.

Mundos extraños y maravillosos, que exigen muchas virtudes, a menudo contradictorias: la audacia y la prudencia; el orgullo de ser hombre, y la humildad de no ser más que eso; la más completa libertad y la más estricta disciplina; la solidaridad y la responsabilidad humana llevadas hasta el sacrificio. Pero estas contradicciones se resuelven por sí mismas y estos deportes, con su silencio, responden a todas las cuestiones. Sólo hay que saber interrogar con su propio silencio y callar. Es la gran aventura de la soledad.

**Joxeba Olaciregui Zubiri**

